

LETRAS

letrillas

LETRONES

PERIODISMO FILTRACIONES

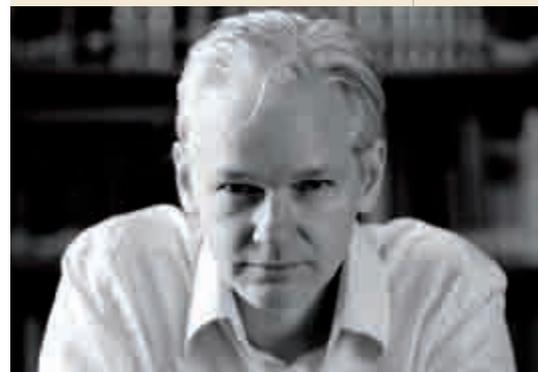
A finales de noviembre, cinco medios de comunicación empezaron a publicar noticias basadas en 251.067 documentos del Departamento de Estado norteamericano filtrados a través de WikiLeaks. Los textos eran e-mails de 250 embajadas y consulados de todo el mundo, además de unas 8.000 directivas. La mayoría son posteriores a 2007 y entre ellos hay documentos clasificados y secretos, pero no cables del nivel “top secret”. Meses atrás, WikiLeaks publicó un video que muestra cómo un helicóptero estadounidense mata a varias personas cerca de Bagdad y filtró decenas de miles de documentos militares sobre las guerras de Iraq y Afganistán. Estados Unidos atribuye las filtraciones al soldado Bradley Manning. Timothy Garton Ash definió el Cablegate como “el sueño del historiador y la pesadilla del diplomático”. Para algunos, se trata de una victoria de la transparencia y la libertad de prensa. Para otros, es una irresponsabilidad: Hillary Clinton dijo que era “un ataque a la comunidad internacional” y un congresista republicano pidió que se clasificara a WikiLeaks como organización terrorista.

Los periódicos y WikiLeaks han dosificado la información y solo conocemos una parte, pero los cables publicados y las noticias elaboradas a partir

de ellos son fascinantes: enseñan la política internacional por el ojo de la cerradura. Sin embargo, una de las cosas más sorprendentes es que muchos son poco sorprendentes. Incluyen relatos de reuniones y evaluaciones de líderes. Algunos bordean el cotilleo: a Gadafi lo acompaña una enfermera voluptuosa, Berlusconi sale demasiado, Sarkozy es susceptible y puede que se equivocara al casarse con Carla Bruni. Otros documentos aportan datos de la política norteamericana: entre los más inquietantes está la petición de información sobre los números de cuenta y datos biométricos de personal de la ONU. Otros muestran valoraciones y testimonios de terceros países, desde la corrupción en Nicaragua, donde el partido de Ortega recibiría dinero del narcotráfico y los funcionarios regresarían de Caracas cargados de “maletas llenas de dinero”, hasta los planes de China con respecto a Corea del Norte, pasando por las dificultades de la guerra contra la droga en México o las presiones sobre la justicia española por el caso Couso. Muchos cables dan detalles sobre asuntos conocidos: las armas nucleares de Pakistán podrían caer en manos de los terroristas, Corea del Norte vende misiles a Irán, que a su vez aprovisiona a Hezbolá. Sabíamos que el programa nuclear de Irán inquieta a sus vecinos árabes, pero las filtraciones han subrayado ese temor: el rey de Arabia Saudita instó a Estados Unidos a “cortar la cabeza de la serpiente”.

El Cablegate demuestra lo difícil que es guardar un secreto en la era de la información. Y la estrategia de WikiLeaks es hábil: los periodistas construyen las historias y la exclusividad permite que los medios se conviertan en parte de la noticia. Elegir publicaciones en inglés, en español, en alemán y en francés ha aumentado su impacto. No creo que la filtración cambie para siempre la diplomacia. Habrá un aumento de la seguridad y se han producido roces, pero los países se necesitan unos a otros y todos necesitan tratar con Estados Unidos. Tampoco hay que perder de vista que muchos son comentarios subjetivos: un funcionario cuenta a un superior lo que le han dicho. Los interlocutores intentan ser agradables. Y que algo sea secreto no significa que sea verdad.

La filtración ha avergonzado a la seguridad estadounidense. Hay evaluaciones incómodas y comportamien-



El rostro del Cablegate.

tos discutibles. Pero de momento no hay nada ilícito. Salvo para quienes se escandalizan de que la diplomacia estadounidense defienda los intereses estadounidenses, los cables presentan una imagen relativamente buena del país. Muchos informes están bien escritos y las valoraciones son a menudo juiciosas. Los comentarios sobre el gobierno español parecen perspicaces: Rubalcaba es capaz, Blanco no es fiable y Zapatero piensa a corto plazo (ofrecen una visión inusualmente optimista de la competencia lingüística del presidente español: no habla inglés, pero quizá lo entienda). Y Estados Unidos defiende en privado lo que defiende en público. Las revelaciones ponen en peor situación a gobiernos que practican un doble juego, como España con los vuelos secretos de la CIA o los regímenes árabes con Irán.

Es bueno que los ciudadanos tengan más información. Pero hay aspectos dudosos en la actuación de WikiLeaks. Aunque *The New York Times* consultó al Departamento de Estado y se han borrado nombres, se puede rastrear alguna fuente (en otras ocasiones, WikiLeaks ha sido menos escrupulosa, como cuando publicó números de la Seguridad Social de soldados estadounidenses). La transparencia total es un ideal insostenible y pueril: los Estados necesitan tener secretos. La propia WikiLeaks tiene una estructura opaca, para protegerse pero también por inclinación. En 2006 declaró que su objetivo eran los regímenes opresores de Asia, el África subsahariana y Oriente Medio. En los últimos meses, se ha dedicado sobre todo a Estados Unidos, uno de los países más transparentes, y no ha revelado secretos de naciones menos democráticas. Sería interesante y más útil conocer los secretos de gobiernos que mantienen discursos distintos en privado y en público. Assange, el fundador de WikiLeaks, apartó de la filtración a *The New York Times* porque le había molestado un artículo. *The Guardian* pasó los cables al diario, pero extraña esa actitud en un adalid de la

libertad de prensa. Sus anuncios megáfonos tampoco parecen coherentes: Assange ha declarado que planea una “megafiltración” sobre un gran banco estadounidense y su abogado ha dicho que si la organización necesita defenderse usaría información que equivale a un “artefacto termonuclear”.

Mientras políticos histéricos reclamaban la captura o el asesinato de Assange, el secretario de Defensa de Estados Unidos dijo que se exageraba la importancia del Cablegate. Pero Amazon, PayPal, Visa, Mastercard y el banco PostFinance dejaron de colaborar con WikiLeaks (lo que les costó ataques informáticos). Y, aunque Suecia lo niega, los defensores de Assange ven un motivo político en su arresto por dos presuntos delitos sexuales. Aparte de la ironía de que el director de WikiLeaks terminara detenido por una aparente aversión a los condones, el caso no está relacionado con su organización. Es probable que Estados Unidos intente juzgarlo para determinar si ha violado alguna ley, pero condenarlo puede ser difícil. Ya existen otros sitios inspirados en WikiLeaks y la organización hace algo que los periodistas llevan haciendo mucho tiempo: publicar información obtenida ilegalmente. Habría que exigirle lo que les pedimos a los periodistas: veracidad, rigor y responsabilidad. Los Estados tendrán que guardar mejor sus secretos, sin olvidar que la transparencia y la libertad de prensa son valores fundamentales, y que la vigilancia de los medios a los gobiernos hace a las democracias más vulnerables, pero también más hermosas y más fuertes. —

— DANIEL GASCÓN

HISTORIA

LA FALACIA DEL BLANCO MALO

Hevisto un infumable video del infumable Michael Moore sobre la maldad intrínseca del blanco americano ([\[tube.com/watch?v=RJLglKyYumc\]\(http://tube.com/watch?v=RJLglKyYumc\)\). Se llama “Una historia breve de los Estados Unidos”. La peculiar “brevedad” del video requiere de una peculiar “brevedad” intelectual por parte del espectador. Lo del “autoodio” está muy gastado pero, o padece Moore de esa enfermedad o es que por hacer dinero uno es capaz de calumniar a toda su raza \(con perdón\). Una de las barbaridades que nuestro *estúpido hombre blanco* lanza es que \(literalmente\), como a los americanos no les gustaba trabajar, se fueron a África a buscar esclavos y que así se convirtieron “en el país más rico del planeta”.](http://www.you-</p></div><div data-bbox=)

Justamente he visto el video cuando terminaba el imprescindible, magnífico y esclarecedor libro de Thomas Sowell *Black rednecks and white liberals* (Encounter Books, 2005). Por si algún lector no se ha estrenado aún con la obra de Sowell, lo recomiendo encarecidamente porque es una especie de resumen de los temas que han centrado sus investigaciones durante los últimos veinte años. Thomas Sowell, negro negrísimo e incorrectísimo políticamente hablando no solo no compra el mito del blanco esclavista y malvado, sino que hace una ferviente defensa del papel de Occidente (el Occidente blanco del XIX) en la abolición de esta abominable práctica.

En el capítulo “The real history of slavery”, Sowell da un repaso a unos hechos irrefutables que desmontan el mito asegurando que no existe otro “horror histórico” tan perfectamente construido. Hasta el punto de que no tiene reparo en enmarcarlo en este mismo “eurocentrismo” que tanto denuncian sujetos como Moore.

Dice Sowell que basta un simple paseo por una biblioteca de mediano tamaño para darse cuenta del maniqueísmo de la obsesión por el esclavismo americano cuando se compara con lo poco que se ha escrito sobre el número muchísimo mayor de africanos esclavizados por los países islámicos del Medio Este y de África del Norte. Por no mencionar la vasta cifra de europeos esclavizados en pasadas

centurias por los países islámicos y por países en el mismo corazón de Europa. Al menos 1.000.000 de europeos fueron esclavizados por los piratas del norte de África entre 1500 y 1800. Los esclavos europeos eran vendidos en Egipto incluso después del decreto de emancipación proclamado por la ley americana en el siglo XIX. De hecho, un tratado anglo-egipcio de agosto de 1885 prohibió la venta de esclavos blancos y la importación y exportación de esclavos sudaneses y abisinios.

El esclavismo era común desde Asia hasta Polinesia. China, por ejemplo, era uno de los mayores mercados de esclavos del mundo. En la India era tan grande su número que su estimación indica que había más esclavitud allí que en todo el hemisferio occidental. También era común y brutal la esclavitud en la América prehispanica. Algunas religiones objetaron ese trato para los suyos en épocas antiguas, pero los cristianos, los musulmanes o los judíos no tenían reparo en esclavizar a miembros de otras religiones. Estar al servicio de Dios y de la fe no garantizaba ver al prójimo como semejante. El clero poseía esclavos tanto en los monasterios cristianos de Europa como en los monasterios budistas de Asia. Incluso, como recuerda Sowell, la sociedad ideal de Thomas Moore contemplaba y permitía la posesión de esclavos.

Uno de los argumentos más importantes de Sowell es su afirmación de que la raza (o el desprecio por una raza) nunca tuvo que ver con la esclavitud. Para remarcar la innecesaria relación entre esclavitud y racismo, nos recuerda que la palabra “slave” viene de *slav* (“eslavo”) y no solo en lengua inglesa, sino también en otras lenguas europeas y en árabe. Los eslavos fueron en su día la carne de esclavitud favorita tanto en Europa como en el mundo islámico. Blancos esclavizando a blancos.

Durante siglos (por no decir milenios) la gente esclavizaba a quien podía, aunque tuviera su mismo color de piel. En palabras de Sowell: “la gente era esclavizada por ser vulnerable, no por

su aspecto”. De hecho la creación de naciones-estado vino a poner las primeras dificultades serias a este tipo de comercio. A partir de cierto momento, los esclavistas que secuestraban a un desgraciado podían recibir las represalias de una nación entera si formaba parte de ella.

Para Sowell, solo hace un par de siglos que el concepto de esclavo viene ligado a ciertas líneas raciales. La vinculación del esclavismo con la raza (negra) es una elaboración a posteriori, cuando los esclavistas del sur de los Estados Unidos tuvieron que fabricar argumentos para defenderse de la pujanza de un abolicionismo que amenazaba su sistema económico. Así se creó el mito de la raza inferior como pretexto para dar tal diferencia de trato a todo un colectivo. Para Sowell, el racismo no fue la causa sino el resultado de la esclavitud.

Este convencimiento le lleva a una encendida defensa del papel abolicionista de quienes precisamente han sido acusados de ser el paradigma del esclavismo y la crueldad: el mundo angloamericano y las sociedades blancas en general. Efectivamente, es de justicia recordar el liderazgo que tomó Inglaterra en el siglo XIX en defensa de la libertad de todas las personas, cuando ningún otro país esclavista lo había hecho y que le costó una pérdida importante de recursos económicos. No solo no le reportaba ningún beneficio tangible, sino que incluso llegó a pagar sobornos a España y Portugal para conseguir su cooperación en las campañas que emprendía. El papel que jugó entonces Inglaterra recuerda en cierto modo al que han jugado algunas de las modernas ONG. Por ejemplo, la armada inglesa entró en aguas brasileñas en 1849 y destruyó varios buques de este país porque estaban siendo usados en el tráfico de esclavos. También presionó al Imperio Otomano amenazando con abordar sus barcos en el Mediterráneo. Igualmente actuó en las costas africanas. Las acusaciones de hacerlo por motivos interesados, como ha expresado el ensayista David

Brion Davis, las presenta Sowell como sumamente injustas, y recuerda cómo el mismo John Stuart Mill ya lo consideraba extraordinario en esa época y se sorprendía de que los británicos se gastasen una suma equivalente al presupuesto “de un pequeño país” en el bloqueo de los barcos de esclavos en la costa africana en contra de sus “intereses pecuniarios”.

No fueron los únicos “blancos” que abominaron del esclavismo en aquellos tiempos. Los americanos acabaron con él en Filipinas, los holandeses en Indonesia, los rusos en Asia Central, los franceses en las Indias Orientales y en el Caribe. Los alemanes, por su parte, colgaban a menudo a los traficantes de esclavos en África Oriental en el mismo lugar en que eran localizados.

Como dice Sowell, nunca hubo una civilización en un país no occidental que compartiera la animosidad contra el esclavismo que se experimentó en Occidente desde mediados del siglo XVIII y que no cejó hasta verlo erradicado por completo o casi en el siglo XX. En palabras de Sowell, “quizá no ha habido un contraste más grande entre los dos mundos en ningún período de la historia”. Para él lo extraordinario no es el esclavismo sino la emergencia en el siglo XVIII de tan gran conciencia de la iniquidad que representa esclavizar a otros seres humanos, cualquiera que sea su raza o religión. Sin desdeñar el papel de las iglesias cristianas en esta rebelión, planea sobre todo ello el espíritu de la Ilustración en sus aspectos más esclarecidos. Adam Smith en Gran Bretaña y Montesquieu en Francia escribieron profusamente denunciando la esclavitud.

Al contrario de los mitos creados por autores como Alex Haley, los negros africanos no eran esos bucólicos inocentes que se describen. Eran los propios africanos quienes esclavizaban a sus hermanos de raza vendiéndolos a los árabes o a los europeos. En el mismo pico del esclavismo los africanos retenían más esclavos para su propio consumo que los que envia-

ban al hemisferio occidental. A pesar de las descripciones de Haley, eran pocos los tratantes de esclavos propiamente blancos que se aventuraban en el corazón de África. La esperanza de vida de un no nativo en el interior del África subsahariana era de menos de un año, a causa de enfermedades como la malaria. Debido a las condiciones de hacinamiento, incluso los índices de mortalidad de los blancos que viajaban en barcos de esclavos hacia Occidente eran igual de altos que los de los negros.

Tampoco estaban libres de mácula los negros libres que vivían en el sur esclavista americano. Se calcula que un tercio de las personas de color que habitaban en Nueva Orleans poseían esclavos, y miles de esclavistas negros se unieron a la confederación durante la Guerra Civil. Por la misma época, Brasil tenía muchos más esclavos que Estados Unidos y seguramente fue el mayor “consumidor” de los mismos de cualquier nación de la historia.

Por otro lado, se discuten poco otros efectos, como un tipo de pervivencia del esclavismo que resulta en la adquisición de un sentido de estigma que algunas tareas u oficios sufrieron posteriormente y que fueron nocivos para el desarrollo y la prosperidad de ciertos pueblos. La clase trabajadora de ciertos países experimentaba gran repugnancia al ejecutar trabajos indispensables que antes habían sido cosa de esclavos. Grandes conquistadores, como los mongoles o los españoles, llegaron a desdeñar algo tan determinante para el desarrollo económico y cultural como el comercio, por las mismas razones. Todos estos perniciosos tics han tenido que ver con el subdesarrollo de algunos países. Los inmigrantes italianos, por ejemplo, que no habían vivido el esclavismo, prosperaron en países como Brasil o Argentina, donde el recuerdo estaba cercano y cuyos empobrecidos habitantes se negaban a efectuar según qué tareas aunque pasaran hambre.

Para Sowell, la reiterada descripción de la esclavitud como una ver-

gonzosa experiencia sufrida solo por negros, como triste sino de su raza, y practicada solo por blancos, como malvada consecuencia de su condición infame, acaba creando un marco donde la discusión racional sobre estos temas es difícilmente alcanzable. Eso, al contrario de lo que cree Michael Moore, rebaja a los negros y hace que perdamos de vista que esta práctica aún se resiste a desaparecer en países como Mauritania, Sudán y en algunas partes de Nigeria y Benín.

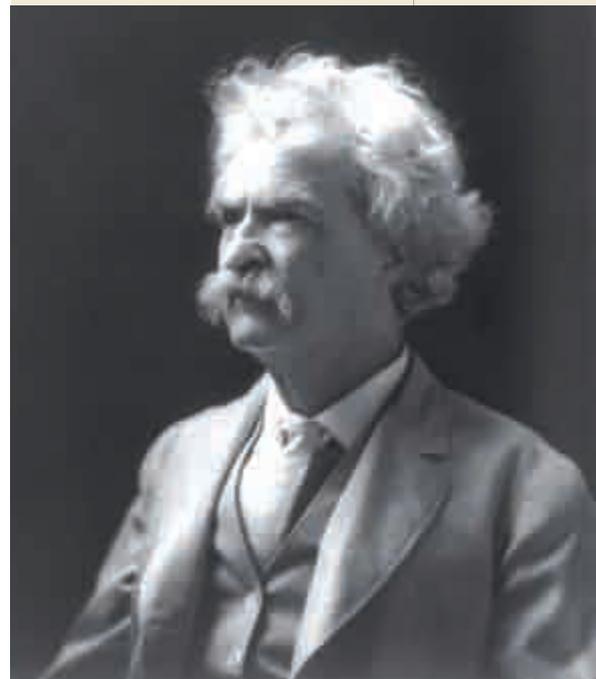
Esta autoflagelación etnocentrista es absurda y perniciosa. Si giramos la vista atrás, mucho de lo que vemos nos helará la sangre. Igual que Sowell, creo que ha habido un evidente progreso moral. Aquellos fueron otros tiempos y otras gentes. Como dice el prestigioso ensayista negro: “los principios morales son intemporales pero las elecciones morales son las posibles en un particular tiempo y lugar”. —

— M^{ra} TERESA GIMÉNEZ BARBAT

LITERATURA BIOGRAFIARSE ES TRAICIONARSE

Asociamos a Mark Twain con *Tom Sawyer* (1876) y *Huckleberry Finn* (1884), pero sus coetáneos lo conocían ante todo por *The innocents abroad* (1869), sus aventuras alrededor de Europa y Medio Oriente. En el prefacio a esa obra advierte que se aleja de la escritura de viajes típica porque ha visto con “ojos imparciales” y ha escrito “honestamente”.

Twain hizo de esa honestidad total un esfuerzo íntimo que procuró remontar hasta sus últimas consecuencias. Al año siguiente de la publicación de *The innocents abroad* comenzó a rumiar la idea de escribir su autobiografía: trataría de verter una introspección despiadada de sí mismo en un relato exento de miramientos. Como si eso no le bastara, Twain se propuso incluso la invención de un



Twain, autor de sí mismo.

nuevo estilo literario. En una exaltación llegó escribirle a un amigo: “[William Dean] Howells piensa que la Auto[biografía] sobrevivirá a *The Innocents Abroad* mil años, y yo ‘sé’ que así será. Quiero que el mundo literario vea (como dice Howells) que la ‘forma’ de este libro es una de las invenciones literarias más memorables de todos los tiempos. Puesto que lo es. Está a la par de la máquina de vapor, de la imprenta y del telégrafo eléctrico.”

Ese regocijo epistolar pertenece a la época en que Mark Twain había encontrado—¡finalmente!—la “forma” idónea para (auto)biografiarse. Su petulancia elude unos cuarenta intentos previos que terminaron en bosquejos insatisfactorios. Admiraba las memorias de Giacomo Casanova y las confesiones de Jean-Jacques Rousseau, pero había decidido emanciparse del corsé cronológico. Precisamente en ello cifraba la innovación de su “forma”: contaría las historias de su vida según brotaran de su memoria hasta revocar la noción artificial de progresión cronológica. Twain pensaba que su método mantendría el flujo natural de la consciencia—como se llamaría más tarde—y que

así sería más fiel a la vida misma: una historia de la infancia puede concluir en la madurez cuando un nuevo suceso se integra a un recuerdo que se creía ya afeitado.

Samuel Clemens (1835-1910) llegó a confundirse con su mejor creación, Mark Twain, ese hombre vestido siempre de blanco, de bigote indomable y melena alborotada. Trabajó intermitentemente en la *Autobiografía* durante treinta y cinco años. Dio el impulso más importante al proyecto autobiográfico en sus últimos años, sobretodo en 1906. En 1876 ensayó los primeros bosquejos, se sirvió incluso de un diario que no logró llevar más de una semana. Una década más tarde hizo dictados a un taquígrafo, vapuleó nuevos fragmentos, se rindió y recomendó, prefirió escribir una colección de biografías de personajes cercanos o admirados. Al doblar el siglo, su hija menor, Jean, había aprendido ya el incipiente arte de la taquigrafía y el buen entendimiento entre los dos lo animó a probar de nuevo el método del dictado. Del trabajo con Jean y otra estenógrafa salió el núcleo de la *Autobiografía*.

Originalmente, Twain había dispuesto que la *Autobiografía* se publicara cien años después de su muerte, pues pensaba que así hablaría con mayor soltura acerca de sí y de terceros. Pero el fiasco en que un tal James Paige lo había metido le pesaba demasiado: Twain había invertido una suma bastante fuerte de dinero en el diseño de una máquina de escribir. Paige lo timó y Twain temió por la situación económica de los suyos. Calculó que una extensión de las regalías por derechos de autor socorrería a sus hijas cuando él faltara. Para extender los derechos de sus obras más antiguas, planeó una segunda edición: si añadía un capítulo de su *Autobiografía* a manera de apéndice, la cuenta regresiva comenzaría de nuevo, y sus hijas podrían pasar el resto de su vida desahogadamente. Firmó otros contratos que contravenían un contrato de exclusividad anterior y permitió la publicación de algunos

fragmentos selectos en *The North American Review*, *The New York Times* y *The Washington Post*. Tras la muerte de su padre, Clara Clemens tampoco tuvo reparo alguno en permitirle al biógrafo de su padre, Albert Paine, que publicara en 1924 algunos pasajes de la *Autobiografía*. Lo mismo hicieron después Bernard DeVoto en 1940 y Charles Neider en 1959.

Transcurrido el primer siglo desde la muerte de Samuel Clemens, Harriet Elinor Smith publicó el pasado noviembre el tomo uno de la primera edición completa y crítica de la *Autobiografía de Mark Twain*. La mayor parte de las páginas son anotaciones y comentarios de los editores, el aparato crítico está disponible en la página electrónica del *Mark Twain Project* (www.marktwainproject.org), auspiciado por la Universidad de Berkeley, en California. El equipo ha hecho un trabajo editorial estupendo que incluye colación de manuscritos y que reconstruye la historia de los malentendidos subyacentes a las ediciones parciales de Paine, DeVoto y Neider. Pero su recepción ha sido dispar. Algunos críticos han calificado este grueso volumen como destinado a los investigadores y de poco interés para el público general. Otros han querido descubrir un artificio publicitario velado: “sólo 5% del material es inédito”, arguyen.

Sin duda, la *Autobiografía* es la obra más compleja que Mark Twain emprendió y que realmente jamás terminó. La suspendió justo después de la trágica muerte de su hija Jean la Noche Vieja de 1909. A los cuatro meses expiraba él mismo también.

Los últimos dos años lo había desanimado la conciencia de haberse censurado a sí mismo y de haber dejado de cumplir las dos condiciones imprescindibles que se había propuesto desde el inicio, la completitud y la sinceridad: “he pensado mil quinientos o dos mil incidentes de mi vida de los cuales estoy avergonzado, y no he consentido todavía en poner ninguno de ellos en el papel. Pienso que ese repertorio permanecerá

completo e incólume cuando termine estas memorias, si acaso algún día las termino. Creo que si pusiera todos o algunos de esos incidentes, sin duda los eliminaría al llegar el momento de revisar el libro”. Había entendido que “ningún hombre puede decir toda la verdad acerca de sí mismo, ni siquiera bajo el convencimiento de que lo escrito no será nunca visto por otras personas”. Samuel Clemens aprendió por la vía dura que biografiarse es traicionarse. —

— ENRIQUE G DE LA G

NARCOTRÁFICO RÍO DE JANEIRO: LA GUERRA SIN BANDOS

En Río de Janeiro hay más de mil favelas. Según el secretario de Seguridad Pública de la ciudad, José Mariano Beltrame, el narcotráfico opera en por lo menos 420. Entre 2006 y 2007 yo viví en Río, en el bohemio barrio de Lapa, y una vez allí tuve oportunidad de conocer bien las dos más célebres: Rocinha y Cidade de Deus. Lo que vi en ambos enclaves, que juntos reúnen unos 200 mil habitantes, es que los *favelados* no temen ni desprecian tanto a los delincuentes como a la policía y a las cámaras de la televisión. A la policía, porque cuando entra a sangre y fuego no distingue entre criminales e inocentes. Y a las cámaras televisivas, porque en general solo aparecen para mostrar el lado negativo del lugar, como si en sus rincones y callejuelas apenas hubiera cocaína, sicarios y armas a granel. A mí me consta que las favelas no son en absoluto fábricas de delincuentes. Cifras recientes respaldan esa afirmación: en el operativo de noviembre pasado en el Complexo do Alemão, *O Globo* y otros medios hablaron de 500 narcotraficantes refugiados en la cima del morro. Muchos de ellos provenían de una barriada vecina, la de Duque de Caxias, donde habían quemado coches antes de enfrentarse con la policía. La cantidad impresiona y, ciertamente, es



Tanques en la "ciudad maravillosa".

propia de un ejército. Pero vista dentro de su contexto remite a una minoría, armada y peligrosa pero minoría al fin, ya que en el Alemão viven casi 250 mil personas. La acción militar, que convocó a 2.600 policías, helicópteros, tanques y elementos de la Armada y la Marina, atacó a la quinta parte del 1% de la población del Complejo, que une a trece favelas próximas al aeropuerto internacional.

Suponer que las favelas son sinónimo excluyente de crimen organizado es tan erróneo, o al menos ingenuo, como creer que en el combate al narcotráfico hay dos bandos. "La pregunta sobre qué debería hacer la policía de Río para vencer al tráfico de drogas implica una polaridad que no existe", escribió Luiz Eduardo Soares, ex coordinador de Seguridad, Justicia y Ciudadanía en el estado de Río de Janeiro (1999-2000) y ex secretario nacional de Seguridad Pública (2003) en su blog, www.luizeduardosoares.blogspot.com. En palabras de Soares, "hoy la mayor prioridad es lograr que la policía deje de traficar y de asociarse con los delincuentes". En la construcción de un sentido común basado en la (según Soares, falsa) polaridad "policías versus bandidos", aquellos *mass media* tan temidos por los habitantes de Rocinha y Cidade de Deus criminalizan a los *favelados* e ignoran que la solución al problema multidimensional del narcotráfico depende, entre otras cosas, de una reforma policial capaz de

refundar la institución. En ese relato de "buenos" que no son tales contra "malos" que en realidad no están solos, una victoria militar como la de fines de noviembre en Alemão supone el principio del fin del imperio criminal. Sin embargo, quedan latentes algunas preguntas incómodas: ¿qué se gana con tener más y más narcotraficantes presos, cuando los propios miembros del Comando Vermelho (los narcos detenidos en Alemão) han demostrado ya que, unidos a elementos del PCC (Primeiro Comando da Capital), pueden sembrar el terror en Río y São Paulo aun desde sus celdas? ¿Y cómo se piensa recuperar las otras 419 favelas donde actúan los criminales?

Una respuesta tentativa a algunos de estos interrogantes ha sido la creación de las UPP (Unidades de Policía Pacificadora), nuevo cuerpo policial que el gobierno carioca ya instaló en doce favelas. Las UPP cumplen una función mixta de servicio social y prevención del delito, pero en las últimas semanas comenzaron a usar porras y gas irritante. Ese aparente exceso en sus tareas habría sido el motivo detrás de la reacción beligerante de los narcos vecinos a Alemão, que días después ocasionó la consiguiente represión y victoria militar de la policía a finales de noviembre. A su manera, las UPP constituyen el primer intento del gobierno de izquierda a la hora de crear un modelo policial alternativo al desarrollado por la dictadura mili-

tar. En esa línea, Soares, el abogado André Batista y el ex policía Rodrigo Pimentel recuerdan en su libro *Tropa de Elite* que, una vez en el gobierno, la izquierda siente que la policía es un tabú ("como si definir y proponer un papel positivo para la policía fuese rendirse necesariamente a un discurso conservador") y, en la acera de enfrente, la derecha "siempre se sintió comfortable con la solución dictatorial: la seguridad pensada y estructurada en defensa del Estado, no de los ciudadanos". Entre la falta de voluntad política de la izquierda y la "mano dura" ciega de la derecha habrían crecido la corrupción, la ineficiencia y la falta de legitimidad de quienes deberían hacer cumplir la ley. Es la historia que narra la película *Tropa de Elite* (2007, y basada en el libro antes citado) de José Padilha, donde los miembros de la BOPE (Batallón de Operaciones Policiales Especiales) advierten que, dentro de ese paisaje, la honestidad a rajatabla es imposible. La segunda parte de *Tropa de Elite* se estrenó en septiembre pasado y muestra que el enemigo no son los narcotraficantes *favelados* —como en la primera— sino las milicias parapoliciales. Con la mira puesta en el Mundial de 2014 y los Juegos Olímpicos de 2016, da la impresión de que en las calles y las favelas de Río ya se vive una impredecible *Tropa de Elite III*. —

— LEONARDO TARIFEÑO

LITERATURA

BORGES Y VARGAS LLOSA

Estoy en un bistró que se llama *Le Timbre* o algo muy parecido, en la rue Sainte-Beuve, casi debajo de las ventanas de un departamento al que iba mucho hace 48 años, antes de que la mitad de mis lectores hubiera nacido. Era un sitio destartado y espacioso donde vivían Sergio Castillo y Mario Carreño, donde había una gran olla

que alguien revolvía siempre con un cucharón de palo y que humeaba siempre, y donde sucedían muchas cosas, muchos encuentros, las conversaciones más sorprendentes. Pues bien, en *Le Timbre* hay poco espacio, no es fácil entrar a las mesas ni salir de ellas, y se produce una proximidad y una inevitable familiaridad con la gente de las mesas vecinas. Por mi parte, me siento inspirado por sombras amistosas: Castillo y Carreño, algunos otros que acudían en forma habitual, como el pintor Camacho y el escultor Cárdenas, cubanos, o Álvaro de Silva, que había viajado con Neruda al Lejano Oriente, que después había hecho carrera en el cine incipiente de la India, había sido profesor de literatura en los Estados Unidos y había terminado por encallar en París, en un hotelucho de la rue des Carmes, con o sin aguacero. Sombras, he dicho, amistosas, sin contar que la que le da el nombre a la calle, el gran crítico del siglo XIX, el escritor de los *Lunes*, modelo lejano de nuestro Hernán Díaz Arrieta, *Alone*. Estamos sentados, pues, codo a codo con dos señoras que hablan en forma infatigable, incesante, informada, de literatura. Tienen varios libros dispersos en la mesa, de modo que no es fácil hacerles un espacio a los platos y a la copa de vino. Y entre los libros, tres volúmenes completamente inéditos, de formato pequeño, de no más de ochenta o cien páginas cada uno, de Mario Vargas Llosa. Mi compañera de mesa pregunta por el segundo de los volúmenes, cuyo título no alcanzamos a leer, y una de nuestras vecinas, amable, sonriente, lo exhibe ante nuestra vista: *Medio siglo con Borges*. Resulta que la vecina es la editora actual de los *Cahiers de L'Herne* y de la editorial del mismo nombre. En mis buenos tiempos, conversé un par de veces con Dominique de Roux, el fundador y primer editor de aquellos célebres cuadernos, que agruparon a la vanguardia, a la literatura más incisiva, más provocativa, más avanzada de aquellos años. La señora del lado mío, la actual editora de *L'Herne*, me

mira de soslayo con cierta curiosidad, la del frente se ríe, mi compañera de mesa da mis señas, cosa que no suelo hacer, y a los pocos días me llegan los tres libritos, recién salidos del horno, con una tarjeta de saludo. En París pasan estas cosas. En París, a pesar de la fama de malas pulgas que ronda a sus habitantes, existe, al mismo tiempo, una especie de complicidad, una conciencia difusa y un evidente orgullo de ser parisino. Solo he observado un sentimiento comparable en Nueva York, entre los neoyorquinos. La gente se saluda en los ascensores y los vecinos de mesa en los restaurantes suelen hacerse una venia, o cambiar, en la hora del café, un par de palabras: costumbres civilizadas que nosotros, en Chile, todavía no aprendemos, y que aquí, por suerte, perduran.

Abro y me leo en poco rato el primero de los cuadernillos, el de Borges. Comienza con unas *Preguntas a Borges* formuladas en París, en la segunda mitad de 1964, y publicadas en *Expreso*, de Lima, a fines de noviembre de ese año. Eran tiempos en que nos veíamos con Mario casi todos los días. Se podría agregar algo más, propio de una biografía o de una autobiografía literaria. Era un período de intensa evolución intelectual, de formidables descubrimientos, de apasionados rechazos. Vargas Llosa, por ejemplo, se alejaba notoriamente de la órbita de Jean-Paul Sartre, en la que se encontraba sumergido hasta la camisa en los días de nuestro primer encuentro, e ingresaba a tientas, con paso lento, pero seguro, en la de Jorge Luis Borges, Albert Camus, algunos otros. A Borges, como es lógico, le pregunta por sus preferencias en la literatura francesa y el maestro se refiere a tres escritores: a Michel de Montaigne, a Gustave Flaubert, y a un escritor “personalmente desagradable, a juzgar por sus libros, pero que se esforzaba por ser desagradable y que lo ha conseguido”, que era Léon Bloy. Lo que le interesaba en Bloy era una idea recogida en sus lecturas de cabalistas y de escritores místicos, del estilo de Swedenborg, el

sueco, según la cual el universo “sería una especie de escritura, como una criptografía de la divinidad”. Sacamos una conclusión: Borges, hombre de libros y de bibliotecas, se fascinaba ante la noción de que el universo pudiera ser un libro abierto, escrito por Dios y que uno intenta leer con asombro, con dificultad, con interpretaciones aventuradas, inseguras. Mario le pregunta a Borges por los dos Flaubert que él encuentra, el de las novelas realistas, como *Madame Bovary*, y el de las grandes reconstrucciones históricas. Borges contesta que hay un tercero, y es el que le interesa más: el de la novela experimental, inacabada, póstuma, *Bouvard et Pécuchet*. Dos escribientes jubilados se encuentran en uno de los muelles del Canal de San Martín, muelle que lleva nombre de batalla napoleónica, vía acuática que es una de las obras urbanas más ambiciosas de Napoleón Bonaparte, y deciden reunirse todos los días para seguir escribiendo, llenando papeles, investigando temas diversos y aparentemente inútiles: las urnas griegas y romanas, por ejemplo, las alas de las mariposas, las costumbres de las abejas o de las hormigas. El libro que van a escribir, que se escribe frente a los lectores, es melancólico, humorístico, de una ironía sangrienta. A veces nos reímos a carcajadas, mientras los dos escribientes o escribidores, encorvados sobre sus mesas de trabajo, prosiguen su tarea con terquedad, con voluntad indomable. El lector empieza a descubrir una noción de la naturaleza humana, de la necesidad misteriosa de la escritura, del libro del universo, que los dos improvisados amigos se han propuesto completar a la manera de un mosaico. Nos quedamos pensativos. Volvamos por un momento al realismo de *La casa verde*, pensamos, pero no dejemos de lado el enigmático, el infinito *Bouvard et Pécuchet*, obra final de un lector de Montaigne, de Flaubert, de Schopenhauer y de Swedenborg, el del universo concebido en forma de biblioteca. —

— JORGE EDWARDS

HISTORIA

¿QUÉ HACEMOS CON EUROPA?

Entrevista con Philipp Blom

El historiador alemán Philipp Blom (Hamburgo, 1970), a quien los lectores en español descubrimos gracias a *Encyclopédie*. El triunfo de la razón en tiempos irracionales (*Anagrama*, 2007), publica ahora *Años de vértigo*. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914 (*Anagrama*, 2010), un lienzo sobre el comienzo del siglo XX, los años previos a la Gran Guerra, que, como explica el mismo en su introducción, llevamos demasiado tiempo viendo como “una época idílica, los buenos viejos tiempos, una belle époque celebrada en películas de decorados fastuosos, entre los que se movía una sociedad elegante, y basta entonces intacta”. El trabajo de Blom pasa por derruir paciente y minuciosamente esa imagen estática y nostálgica, por reconstruir una época muchísimo más dinámica y conflictiva que la que nuestra memoria ha elegido recordar. Y al hacerlo, porque como dirá más adelante en esta entrevista “toda la buena historia es historia contemporánea”, establece paralelismos más que pertinentes entre esos años de vértigo y el comienzo de siglo que nos ha tocado vivir.

En nuestra conversación hace tres años, comenté que estaba trabajando en la idea de que Europa se estaba convirtiendo, lastimosamente, en un museo. Cuando leí *Años de vértigo* pensé que a lo mejor ese proyecto original había devenido, de alguna forma, en este libro. ¿Es así?

No, en realidad no. Probablemente esa es una preocupación que tú compartes conmigo, por lo que has podido leer este libro en esa clave. Aunque sí es verdad que el libro nace del mismo interés por la Europa en que vivimos. Esos años de vértigo tienen mucha resonancia en nuestros días, compartimos esa sensación de desorientación, esa sensación de una tremenda energía que parece no conducir a ningún lugar. Sin embargo, hay una gran diferencia, y es que los comienzos del siglo XX fue-

ron una época llena de futuro, estuvo llena de ideologías y personas que intentaban hacer del mundo un mejor lugar para todos. Hoy en día, hemos dejado de lado las ideologías, hemos perdido la fe en nuestra capacidad para construir un mañana mejor, de hecho, no queremos que llegue el futuro, queremos un eterno presente, queremos mantener lo que tenemos, no perderlo. Creo que nos encontramos ante un peligro real, porque el futuro va a llegar de todas formas, queramos o no. Así que o lo construimos a nuestro modo o simplemente llegará. Personalmente, tengo la idea de que los inmigrantes van a ayudarnos en esto, van a forzarnos a redefinirnos.

Puede que sea usted el único...

Creo que lo que ha ocurrido es que la riqueza considerable que ha alcanzado Europa ha tenido como consecuencia que cualquier debate o análisis acerca de nuestros valores sea visto como innecesario. Porque a todo el mundo le estaba yendo razonablemente bien, y la gente a la que no, era invisible para el resto. Pero hoy el panorama es otro, existen minorías considerables en nuestros países que no necesariamente aceptan nuestros valores, ya que tienen los suyos. Esto solía ser un asunto marginal, pero ya no lo es. Si tenemos un veinte por ciento de la población que cuenta con bagajes diferentes, no

europes, ideas diferentes, valores diferentes, eso es un asunto que no podemos ignorar si queremos edificar sociedades funcionales. Vuelve a ser importante. Y nos vemos forzados a debatir al respecto, a decidir quiénes queremos ser, hacia dónde queremos ir, cuán importante es para nosotros la igualdad entre hombres y mujeres, el que los niños reciban una educación secular, qué postura tenemos ante el aborto, ante la homosexualidad. Todas estas cosas se han convertido en un tema importante, y yo creo que eso es positivo. Necesitamos discutir quiénes somos y hacia dónde queremos ir y qué queremos hacer con este continente.

¿Cree que esa parálisis en la construcción de Europa se ha visto muy agravada por la crisis económica o los problemas graves estaban ya ahí?

Creo que nos hemos visto un poco abrumados por nuestra propia irresponsabilidad. Creamos el euro a pesar de las advertencias de muchas veces que argumentaban que nuestras economías eran demasiado diversas para sostener algo así. Decidimos dotarnos de reglas muy estrictas que lo hicieran posible a pesar de todo y seguir adelante. Pero luego los países que se suponía debían liderar la ola, Francia y Alemania, fueron los primeros en romper esas reglas. No hace falta decir que el resto de los países los siguieron. Y tenemos estos enormes rescates a un



Grand Prix de Circuit de la Seine: años de vértigo en Europa.

coste muy elevado. Si tomamos esto como una señal de alarma, está bien. Pero si se convierte en la norma, nos encontramos ante un grave problema. Creo también que la ampliación hacia el Este ha sido excesiva y demasiado apresurada. Son países con economías muy distintas a las del resto y que no se encuentran en la misma liga. Es muy difícil darles la misma voz en esta comunidad europea, y creo que en parte esta es una de las causas de nuestra parálisis. Tenemos que seguir adelante en la construcción de Europa. Me gustaría ver una televisión europea, por ejemplo, donde la misma telenovela se viera doblada a ocho idiomas. Realmente se hace una diferencia cuando la gente comparte una esfera pública. El euro ha sido importante en ese sentido, a muchos niveles, incluido el psicológico. El hecho de ir a diferentes países y seguir pagando con el mismo dinero es un paso importante. Es un símbolo muy poderoso y necesario, pero debe limitarse a aquellos países que cumplan con los estándares. Por supuesto que una moneda común implica que la gente y los gobiernos locales pierdan soberanía, en lo que a política monetaria se refiere. Y debe estar claro porque, de lo contrario, si cada país continúa tomando medidas por su cuenta, terminaremos rompiendo esto que hemos conseguido.

Volviendo al libro, es interesante descubrir que buena parte de lo que somos, de la experiencia vivida a lo largo del siglo XX, tuvo su origen en esos primeros años...

Siempre he pensado que toda la buena historia es historia contemporánea, que debe tener una resonancia contemporánea. Yo quería escribir acerca de ese periodo de tiempo, pero hacerlo desde nuestro tiempo y para la gente de nuestros días. Creo que lo interesante de este periodo, de cómo lo hemos visto siempre, es que hablamos de él como si hubiera sido una época muy estable, en la que todo estaba claro, en la que todo el mundo sabía cuál era su lugar. Pero, cuando miramos atentamente, vemos que era todo

lo contrario, era un periodo de explosiones. Y esa nostalgia, que me atañía a mí mismo, porque uno siempre ha pensado que no ha habido una mejor época para ser un *bourgeois*, esos años y los treinta anteriores. Pero esa fue una experiencia minoritaria, creo que el sentimiento predominante era de desorientación, el sentir que el mundo volaba a tu alrededor y uno no sabía qué hacer o adónde ir. Por supuesto, es una paradoja que fuera una época llena de futuro, llena de esperanza, pero que las ideologías nacidas en esos años fueran las causantes de hechos terribles a lo largo del siglo XX. A parte del nudismo, creo que no hay ninguna que no haya matado a millones de personas. Y quizá ahí radica el miedo contemporáneo a las grandes respuestas.

Otro de los aspectos interesantes es la descripción que realiza del inicio del movimiento feminista a principios de siglo, el comienzo de la lucha por la igualdad entre hombres y mujeres. ¿Cree que llegará el día en que, finalmente, esa lucha llegue a su fin?

Creo que hemos llegado al final. Hoy en día, ningún padre que empuja un cochecito de bebé siente que su masculinidad se ve amenazada. Esto en Europa, claro. Hoy en día, a la mayoría de la gente el que una persona sea homosexual o heterosexual no le importa demasiado. En Europa, esas cuestiones, que tiempo atrás fueron temas candentes, están básicamente resueltas. No están resueltas en Estados Unidos, no están resueltas en Latinoamérica, no están resueltas en Asia, no están resueltas en el mundo musulmán. Creo que el peligro que corremos es que, en la historia de los próximos doscientos años, estos años sean vistos como un corto periodo liberal.

Hay una cuestión, que no tiene mucho que ver con este libro, pero sí tiene que ver con mi último libro (*A wicked company: The forgotten radicalism of the European Enlightenment*), y es que realmente tenemos que formular un núcleo mínimo de valores, de valores

seculares, y tenemos que estar dispuestos a defender esos valores de manera muy agresiva. Porque en las últimas décadas hemos visto las posibilidades y limitaciones de una sociedad plural. Y necesitamos pluralismo en nuestras sociedades, necesitamos sociedades donde los españoles, los latinoamericanos y los alemanes puedan vivir juntos, trabajar juntos, y en las que sea posible preservar nuestras identidades individuales. Pero si no está basada en los mismos principios, entonces no tenemos una verdadera sociedad. Si no tenemos la madurez suficiente para acometer ese reto, sencillamente otras sociedades que son más homogéneas, más religiosas, más inflexibles, van a pasarnos por encima. No porque Europa haya alcanzado a construir sociedades que funcionan bien, y en las que la gente vive razonablemente bien, el resto del mundo va a decidir seguirnos. Y es muy posible que esas otras sociedades alcancen mayor prosperidad económica, sean más unidas que la nuestra y tomen el mando. Entonces sí nos habremos convertido en un museo, con grandes edificios, hermosas muestras de arte e ideas interesantes, al que la gente se acerca de cuando en cuando para echar un vistazo, pero que a la vez no toma para nada en serio. —

— DIEGO SALAZAR

DEPORTE

PRESUNTO RÉCORD

Enseguida me vi como responsable de que unos atletas españoles —Marta Domínguez, vicepresidenta de la Federación Española de Atletismo, entre ellos— hubieran sido pillados trapicheando con sustancias dopantes, en una operación que la Guardia Civil había llamado “Galgo” con un evidente sentido del humor. Aunque Patricia Highsmith, que algo sabía de crímenes, afirmaba que se coge mucho antes a un cojo que a un mentiroso.

El 12 de septiembre, en el programa de radio de Montserrat Domínguez, *A vivir que son dos días*, uno de los tertulios (iba en un autobús hacia el aeropuerto de Alicante y no me pude quedar con su nombre) habló de la “razón” por la que se dopaban: la presión que ejercía el público para alcanzar siempre mejores marcas era muy grande, ineludible en más de un sentido. Al día siguiente Eugenio Fuentes esgrimía en *El País* un argumento más elaborado literariamente: el atleta “sabe que de él depende algo más que un simple resultado deportivo: según su actuación, entrarán en juego la alegría o la tristeza, la decepción o el orgullo, el entusiasmo o la frustración de la comunidad a la que representa”.

O sea, el atleta se dopa para cumplir con las expectativas de “la comunidad a la que representa”. Es, así, otra víctima más. Su responsabilidad es relativa, parcial, tiene que verse con comprensión...

Yo comprendo perfectamente el doping. Estoy de acuerdo con él. Lástima que las autoridades deportivas, emulando a la gran mayoría de las autoridades gubernamentales del mundo respecto al consumo de drogas, consideren que el doping está prohibido y debe de ser castigado: con medidas deportivas (exclusión de la competición, eliminación, anulación de marcas...) y con medidas penales de la justicia extradeportiva (cárcel, indemnizaciones, multas...).

En España, la justicia actúa contra quien facilita el doping de la misma manera que lo hace contra un traficante de drogas: por delitos contra la salud pública, según la tipificación legal. Eufemiano Fuentes, médico implicado en esta operación Galgo, y que también se vio implicado en otra operación similar de doping, se libró de las acusaciones que se le hicieron en el juicio alegando que él no había dañado la salud de los atletas administrándoles sustancias dopantes, sino que la había mejorado. Me extraña que ningún traficante, con posterioridad, haya seguido por

esa senda argumentativa: quizá estaríamos en un nuevo momento en la política sobre drogas.

En Holanda, en las pasadas elecciones, cientos de personas, entre ellos el ex ministro de Defensa Frits Bolkestein, del Partido Popular por la Libertad y la Democracia, conservador liberal, y la ex ministra de Salud Els Borst Eilers, de los Demócratas 66, liberales de izquierda, presentaron una propuesta para legalizar todas las drogas en ese país: el argumento no tenía nada que ver con la libertad individual (según la propuesta ya clásica de Thomas Szasz), sino con las finanzas del país, que saldrían muy beneficiadas con la medida y acabarían con parte de la presión generada por la crisis económica.

Si los atletas que se dopan, o que suministran sustancias dopantes, son detenidos y su detención es tan relevante, no es porque ataquen “la salud pública”, que no la atacan, sino, más bien, porque atacan la decisión de los gobiernos (ayudados por la ciencia médica en muchas ocasiones) de convertir al deporte en el bien supremo, guardián de las buenas costumbres. Así, el deporte se ofrece como alternativa ante los “drogadictos” de verdad, los del hachís, la heroína y las pastillas; se ofrece como garantía de buena salud, frente a los excesos de la comida, del alcohol y del tabaco; es la actividad que tenemos que desarrollar para ser más sanos, y mejores ciudadanos y más longevos. El deporte es el sustituto que han elegido los gobiernos a la religión de Estado.

Esto no es nuevo, ya lo hicieron, durante años, los gobiernos comunistas: Jean Echenoz lo acaba de contar en un estupendo libro, *Correr* (Anagrama), sobre el atleta checo Emil Zátopek. Pero en las democracias occidentales son los atletas quienes aceptan libremente ese papel (y muy a menudo acaban desarrollando actividades políticas; tanta es la simbiosis entre gobierno y deporte). Aceptan las becas y los honores, y raramente se les oye discrepar del sistema deportivo.



El dopaje, entre la política y el deporte.

A mí no me preocupa en absoluto que los atletas (y los no atletas) se droguen. Me preocupa que el deporte, gracias a la acción unidireccional de los gobiernos, se haya convertido en la única alternativa posible. En el currículum escolar hay más horas dedicadas al deporte (se llamaba “gimnasia” cuando yo era niño y ahora no sé cómo se llama) que a la lectura; más que a los idiomas; más que al cine; más que a la música; más que al arte (¿todavía enseñan arte?). Y en el currículum extraescolar el deporte también es la actividad más desarrollada.

El deporte es el rey y no se puede dejar que unos atletas ambiciosos dejen en mal lugar al presidente del gobierno (que es además “ministro” de la cosa deportiva en España) por meterse su propia sangre “reelaborada” y no se puede dejar que los pillen en un control antidoping (como le pasó recientemente al ciclista Alberto Contador) y manchen la reputación de los alcaldes y de los presidentes de comunidad que organizan los festejos.

Sería bueno que el deporte se desvinculara de la actividad política. Y sería mejor todavía que dejara de ser una religión de Estado. Y quienes hicieran trampas (en plenas facultades mentales y conscientemente) deberían ser sancionados, si en la competición está sancionado expresamente ese doping, solamente con sanciones deportivas. —

— FÉLIX ROMEO